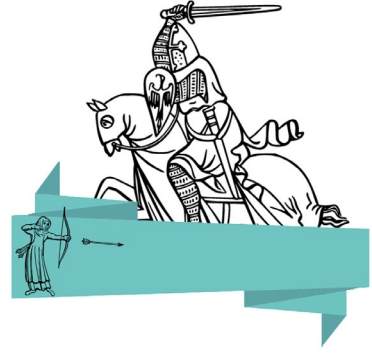




Poemas (1907-1920)

Recogemos en estas páginas las composiciones de aquellos poetas de los cuales tan solo hemos conseguido encontrar un poema de temática medieval. Abre esta sección «La amada hace encaje de bolillos», incluido en *La casa de la primavera* (1907) Gregorio Martínez Sierra, quien a partir de la estética y del imaginario modernistas, elabora un poema amoroso en el que alude a Laura, la musa de Petrarca. Continúa con el cidiano «Romance del destierro», de Juan José Llovet, publicado en la revista *Blanco y negro* en 1912 y que relata los últimos instantes del Cid y su hueste en Castilla antes de partir al destierro. De Manuel de Góngora Ayustante es «En este lugar comienza la gesta...», publicado en *Polvo de siglos* en 1912, que narra episodios de la Jura de Santa Gadea imitando el lenguaje medieval. El siguiente y último poema es «La sombra del Cid», de Rodolfo Gil, publicado en su libro *Mirtos*, de 1919, y que, de nuevo, nos traslada al medievo a partir de una reflexión sobre la muerte del Cid y su entierro en San Pedro de Cardeña.

Gregorio Martínez Sierra (1881-1947)

La amada hace encaje de bolillos

—¿Qué estás haciendo?
—Encaje de bolillos.
—¡Labor de araña!
—Casi de poeta.
—¡Orgullosa!
—¡Que no! Acércate, mira
y admira, si comprendes, la tarea.
Torcer y retorcer hilos sutiles
como palabras bellas,
y hacer con ellos rosas,
laberintos, cadenas,
nubes de blonda y gasa,

redes de tul para prender estrellas.
 ¿No te parece un sueño
 toda esta sutileza?
 Arquitectura frágil y florida,
 frágil como un poema,
 florida como un prado
 «por el influjo de la primavera»²⁰⁸
 ¿Te ríes de la cita? Muy mal hecho;
 para ser encajera
 concienzuda y artista
 hay que tener erudición poética.
 Yo aprendo de los sonetos de Petrarca
 a tejer más perfectas
 las rosas de mi encaje,
 y pensando en las trenzas
 de Laura, cuando muevo los palillos,²⁰⁹
 suelo soñar que suenan
 a palabras de amor que alguien suspira
 para mí. ¡Si supieras
 cuántos palacios de ilusión y ensueño
 a compás de las manos que manejan
 agujas y palillos
 van tejiendo con el hilo y la seda
 sobre el fondo del tedio cotidiano
 las almas de mujer, siempre en espera
 de la flor que la vida les promete
 y que llega...o no llega!
 ¡Es triste ser mujer, ¿verdad, chiquillo?,
 sentir tanta impaciencia
 como el hombre que más por la ventura,
 y el amor y la guerra
 del pensamiento contra el pensamiento,
 y tenerse que estar la vida entera
 sentadita a la orilla del camino,
 engañando las horas con la rueca,
 esperando a que pase el caballero
 que viene de vencer a la quimera

208. Intertextualidad con el poema «Por el influjo de la primavera», de Rubén Darío, incluido en *Cantos de vida y esperanza* (Darío, 393-395).

209. Laura: musa y amada de Petrarca.

y busca el premio de unos dulces ojos!
¿Y si no pasa? ¿Y si la primavera
se va y nacen arrugas en la frente
sin que la vida cumpla su promesa?
Por fortuna la aguja
corre que corre, y los palillos vuelan,
y la ilusión florece al sortilegio
de las manos de cera
en los jardines bordados
en rosa de hilo y seda,
en marañas de encaje
que con dulce impostura nos consuelan
de la esperanza y la esperanza,
del tedio, del olvido y de la ausencia.
Tú que pasaste a tiempo por mi vida
y paraste a mi ruela:
por la canción que se durmió en la rota
maraña, haz un poema
para el sueño de la interminable
apostura; para el vuelo de la hebra
aire arriba, aire abajo;
para el ruidito con el que la encajera
le van mintiendo amores los palillos;
para las niñas que bordan y esperan
Acaso ellas lo lean en un día
de más honda tristeza,
y suspirando agradecidamente,
perfilen una flor para el poeta.

(La casa de la primavera, 1907, pp. 15-17)

Juan José Llovet (1895-1940)

Romance del destierro

¡Ya no hay justicia en España,
no hay ley en Castilla ya,
que al buen Cid han arrojado
de sus tierras de Vivar!

El sol derrama sus rayos
 como una lluvia de sal
 sobre los campos resecos,
 y Rodrigo de Vivar,
 con sesenta de sus fieles,
 camino de Burgos va...
 Tienen tan blanco el semblante
 y tan lento el ademán,
 que más que vivos parecen
 muertos que han echado a andar.
 El Cid marcha a la cabeza
 con altivez señorial;
 su espada azota el costado
 de su brioso alazán,
 y el viento peina su barba,
 blancamente patriarcal.

Los villanos se descubren
 viendo a Rodrigo pasar.
 –¡Qué buen vasallo sería
 de una buena majestad!²¹⁰
 Y las aldeanas rezan,
 y, dejando de jugar,
 los rapaces carisucios
 –mucho amor y poca edad–
 dicen con llanto en los ojos
 y con asombro en la faz:
 –¿Por qué se va de estas tierras
 Cid Rodrigo de Vivar?
 ¡Yo no quiero que se vaya!
 ¡Madre...! ¿No ves que se va?
 –El Rey lo manda, hijo mío;
 por lo que lo hace, él sabrá;
 a nosotros solo cumple
 mirarlo tristes marchar...

Y en el silencio ardoroso
 del mediodía estival

210. Reformulación del verso veinte del *Cantar de Mío Cid*: «¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!» (2007: 88).

el Cid y los suyos siguen
su cansino caminar...
Y los mesones se cierran
negando hospitalidad
a los hombres de la triste
caravana de metal
que Alfonso Sexto ha ordenado
no darles agua ni pan,
y ante el poder de la regia
e inviolable autoridad
como una flor de rastrojo
se agostó la caridad...
¡La caridad, que en Castilla
fuera siempre proverbial!

El sol derrama sus rayos
como una lluvia de sal
sobre los campos resecos,
y Rodrigo de Vivar,
puesto de pie en los estribos,
grita agorero y fatal:
—¡Adiós, mi doña Jimena;
adiós, tierras de Vivar;
ya no hay justicia en España,
no hay ley en Castilla ya!

(Revista *Blanco y negro*, 1912;
extraído de *Romancero del Cid*, edición de Luis Guarner, 1954, pp. 451-452)

Manuel de Góngora Ayustante (1899-1952)

En este lugar comienza la gesta de cómo Mío Cid priso jura al Rey don Alfonso²¹¹

De la Santa Gadea en el templo membrado
donde juramentan los nobles fijosdalgos

211. El poema narra, imitando el castellano medieval, el episodio legendario de la Jura de Santa Gadea, popularizada por el romance homónimo, en el que el Cid exige al rey Alfonso VI jurar que no había tomado parte del asesinato de su hermano Sancho II de Castilla durante el Cerco de Zamora. El episodio se produjo, según cuenta la leyenda, en la Iglesia de Santa Águeda o Iglesia de Santa Gadea, ubicada en Burgos, a finales del año 1072.

está Mío Cid Ruy Díaz de Vivar llamado,
 delant de don Alfonso, hermano de don Sancho.
 Está toda la cort e nadi nol osado:
 ca nullo se treviría dentre los vasallos.
 Toda la cort, al Rey le está catando;
 el Rey del rostro la color ha cambiado.
 Fabla Mío Cid el que en buen hora nasco;
 engramea la tiesta e pone la su mano,
 sobre los Evangelios que están en un tablado,
 e sobre un cannado de fierro e una ballesta de palo.
 Gradezco a ti, Sennor Dios, que estás en alto;
 hay un home, magüer sea un vasallo
 quel tome jura enantes de escomenzar su reinado;
 yo Mío Cid el de Vivar llamado.
 Todos le catan e todos son callados.
 Fabla Mío Cid al Rey tan mesurado:
 Oyás, Alfonso, mi señor natural
 la razón que voy te de mandar;
 si oviste art, ni part,
 en la mort del Rey don Sancho tu hermano.
 Que te manten villanos que non sea de acá,
 con cuchiellos de monte e non con puñal;
 e con venablos feridas e colpes te darán,
 e por las espaldas el cuer te sacarán,
 si fablas la mentira e callas la verdad;
 e por nos dar fe desto, has de jurar;
 si vos así ficiéredes, opr Rey te habemos de acatar.
 Son mudos e sin color todos los que en la cort está,
 ca es mucho su miedo por Mío Cid el de Vivar.
 Adeliñó el Rey a las gradas delante el altar,
 e dixo: Amén; yo juro la verdad;
 que no ove comercio en la mort de don Sancho.
 Por tres veces dijo Mío Cid la razón
 e priso jura al Rey a todo su sabor;
 todos de hinojos fitos al Rey besan la mano
 desque sopieron que no había muerto a don Sancho.
 Fabla el Rey e dice a Mío Cid el castellano:
 Mío Cid; vedes cuemo soy aprado
 ca es aquesta osadía grande en un vasallo;

odredes lo que yo vos mando;
que te partas de mi cort,
e non tornes fasta que cumpla un ano.
Dixo Mío Cid: Sennor, fago tu mandado;
vos me desterrades uno e yo me partiré cuatro.

Ya Mío Cid de Burgos se partía
mediados gallos, cuando nasce el día.
Trescientos fidalgos, lleva en su compañía.
Y acaba el romanz: a ti lo gradezco Virgo Santa María
e a ti dios, que ficiste noche e día.

Datnos el vino, amigos, un poquiello
si non tenedes dineros.

(*Polvo de siglos*, 1912, pp. 22-27;
extraído de *Romancero del Cid*, ed. de Luis Guarner, 1954, pp. 449-451)

Rodolfo Gil (1872-1938)

La sombra del cid

No gana después de muerto
batallas el Campeador,
que es doble muerte el olvido
y de los héroes triunfó.
Vieja ciudad castellana
que, a orillas del Arlanzón,²¹²
esculpes en bronce y piedra
las glorias de tu esplendor:
los manes del Romancero
te requieren en su pro,
y es la voz de la justicia
la voz de la tradición.
Sobre las torres de encaje
del templo augusto de Dios,
que en éxtasis, de rodillas,

212. Referencia a San Pedro de Cardeña, donde estuvo ubicado el sepulcro del Cid.

contempla la admiración,
 reyes, guerreros y artistas
 piden su puesto de honor;
 la vida fulge en sus sombras
 como el oro en el crisol,
 y es su continente grave
 y es como un rayo su voz;
 mas ninguna cual la sombra
 del olvidado león
 que escribió nuestra epopeya
 con su acero retador.
 Aún calza el guante maltado,
 aún, erguido en su bridón,
 corre por la ancha Castilla,
 desnudo su hierro al sol,
 porque a su paso despierten
 los pueblos que él defendió
 de codicias y derrotas
 de invasiones y baldón.
 Los pueblos están rendidos
 al sueño reparador,
 y en vano por la llanura
 hincha el viento su albornoz
 y hace sonar sus espuelas
 a la falda del Muñó:
 que ni en su solar memoria
 queda ya del triunfador.
 ¡Malhaya quien la semilla
 de ingrato olvido sembró
 para el leal, para el noble,
 para el invicto que en pos
 de sí llevó en los combates
 los laureles del valor
 y, como ofrenda a la patria,
 de su sien los descibió!
 Su sepulcro, en que honda huella
 dejó la profanación,
 cerrado está, y no es de mando
 la voz del conquistador...

Que es santa paz resignada
la paz del pueblo español.
Su sombra, que vaga errante
a orillas del Arlanzón,
solo pide a castellanos,
a quienes su espada honró,
un ara en que nuestro pueblo
levante su hostia de amor;
una limosna de culto
que harto bien se mereció:
tan alta como su gloria,
tan grande cual nuestro honor.
Burgaleses, burgaleses,
ved que os da su ejemplo el sol,
que, al esplendor, en la sombra
de nuestro Cid eclipsó.

(Mirtos, 1919;
extraído de *Romancero del Cid*, ed. de Luis Guarner, 1954, pp. 442-443)